

SECCION A

LA ANESTESIA: 1844-1944

por el

Dr. J. Antonio Martínez Sardá

POR regla general, cuando se cumple el centenario de la muerte de un escritor—más frecuentemente un poeta—de cierta envergadura, se llenan columnas y más columnas, y páginas enteras de los periódicos y revistas para ensalzar la gloria de aquel hombre que en puros y sonoros versos supo cantar las gestas de su patria. Se reeditan sus poesías en afiligranadas obras de imprenta, encuadernadas en costosas pieles, con arabescos de oro; se dan conferencias para mantener viva en el pueblo la memoria del vate y su tumba se cubre de flores, que van depositando allí las manos piadosas de los no menos piadosos visitantes.

A veces esa gloria popular también le alcanza al político. En más raras ocasiones al hombre de ciencia, pero muy escasamente al médico y casi nunca al odontólogo, si bien hoy se viene observando un movimiento general más favorable en este sentido.

Y esa figura del dentista, a menudo tan vapuleada, que en todos los tiempos ha dado temas a los lápices y plumas del humorismo universal, pide a voz en grito un esfuerzo reivindicatorio, que debe empezar en nosotros mismos y que en realidad somos nosotros los obligados a iniciar y encauzar.

Un poema, una epopeya cantada en alejandrinos, la gloria de una nación vertida a raudales en el lirismo exaltado de un

poeta, las gestas guerreras glosadas en los más sonoros versos serán capaces de mover a todo un pueblo, hacer vibrar sus más recónditas y sensibles fibras y llevarle por nuevos caminos de grandeza. Y éste es, ciertamente, motivo más que sobrado para recordar eternamente el nombre del poeta o el título de su obra, esculpiéndolos en piedra. Pero, a mi modesto juicio, por encima de todas las poesías y glorias humanas está el hecho casi milagroso de la supresión del dolor. Y precisamente en este año, que está tocando a su fin, se cumple el primer centenario de un hecho casual que, gracias al espíritu observador de un dentista, dió origen a la anestesia. Sin embargo, no he oído una sola voz que se levantara para recordarnos esa efemérides y ensalzar la memoria de unos hombres que nos precedieron en el ejercicio de nuestra humanitaria profesión, dando al mundo un sistema, un método, unos medios para suprimir el dolor, haciendo posible el actual estado de las ciencias médico-quirúrgicas.

La obsesión del dolor fué de todos los tiempos. Imaginad la horrible tortura a que era sometido el hombre primitivo que en las manos rudas e inexpertas del hechicero, provisto de un cuarzo tallado, era trepanado para dar salida a los demonios que se habían transitoriamente albergado en su cráneo. Pensad por un instante en el suplicio de los jóvenes australianos, a los que en las ceremonias de la iniciación, y como un acto ritual, les son extraídos unos incisivos. Y todo ello, sin la menor asepsia ni atisbos de anestesia. Y el hombre primitivo actual, que en las recónditas espesuras de las selvas americanas, en Asia, en Africa o donde sea, que tenga que someterse a una intervención quirúrgica, siente éste enorme complejo de inferioridad que le confiere la certeza del dolor. Entonces el hechicero o chamán tiene que buscar una solución al problema y echa mano del tabaco, del beleño, las bebidas alcohólicas, raros y repugnantes mejunjes, acompañados de danzas y extravagantes maniobras, con las que pretende influir por sugestión sobre la víctima. Ya Pien Chiao, trescientos años antes de J. C., deja libre la imaginación hablándonos, como en un bello e irrealizable sueño, de una bebida tóxica con la que dormir por tres días a los pacientes para realizar sobre ellos las más atrevidas intervenciones quirúrgicas.

Sólo dos datos estadísticos, de los muchos que se ofrecen a nuestra consideración, nos darán una idea aproximada de los servicios que nos ha venido a prestar la anestesia. En Inglaterra, hasta 1846, la mortandad en la operación cesárea era casi de un 100 por 100. A partir de la aparición de la anestesia desciende a un 30 por 100. En 1873, en la Royal Infirmary de Glasgow fueron realizadas 400 intervenciones quirúrgicas; veinticinco años después, y en el mismo período de doce meses, fueron practicadas cerca de 2.000 operaciones.

Hoy tenemos la anestesia, dominamos el dolor en todas sus formas..., pero hemos olvidado el nombre de quienes nos dieron la solución. Sin embargo, antes de conocerla, cuando la humanidad doliente se debatía indefensa en la mesa del cirujano, para quien el ejercicio de su profesión era un verdadero suplicio moral, cuando "sólo un 11 por 100 de los pacientes que ocupaban las salas del hospital podían soportar una operación..., y ésta consistía en una amputación de dos minutos de duración en cada cinco de diez casos"; cuando el cirujano tenía que dar en sus obras de texto consejos como el que sigue: "Cuando sea necesario tratar a estos pacientes, les ataremos a una mesa y les sujetaremos firmemente para poder ver exactamente lo que hacemos", entonces el paciente y el operador hubieran dado todo lo que se les hubiese pedido para obtener ese mágico poder de producir la insensibilidad. Pero una vez que se nos ha proporcionado, no hemos hecho más que demostrar de nuevo nuestra ingratitud. Esta humanidad desagradecida, con sus escepticismos e ironía, fué la causa, en aquellos no tan lejanos días de 1844, de que uno de los hombres que vamos a recordar perdiera su vida en un momento de debilidad al sentirse incomprendido y despreciado.

Miles y millones de seres humanos deben su vida a ese hecho casual del cual nació la anestesia. Creo que esto también es motivo más que suficiente para que recordemos con respetuoso cariño los nombres de Horacio Wells y Guillermo Morton, Odontólogos y, al fin y al cabo, también poetas, pues supieron legarnos el poema de la insensibilidad.

Entre los más próximos precursores de la anestesia cabe destacar a Moore (1784) y Larry, que propusieron la insensibilización por comprensión y por refrigeración, y a Sir Humfredo Davis, que, habiendo observado las raras propiedades del óxido nitroso, y después de comprobar que sus inhalaciones producían la insensibilidad, creyó que en un próximo futuro podría ser empleado en Cirugía. Esto último ocurrió en 1800. Nadie, sin embargo, se interesó en el asunto, hasta que en 1842 el Dr. Long de Atenas, Georgia, operó un tumor en la nuca de un paciente, al que había previamente insensibilizado por la inhalación de vapores de éter. Pero el Dr. Long no comunicó su descubrimiento, y así siguió sin conocerse la anestesia, hasta que en el año 1844 fué definitivamente "redescubierta" por un puro azar.

Un individuo llamado Colton dió en Harford una serie de conferencias públicas sobre los últimos avances de las ciencias químicas, realizando algunos experimentos y anunciando que dejaría probar a quien quisiera las propiedades del "gas hilarante". En la primera fila de bancos se habían colocado una serie de "forzudos" para proteger al público de la eventual agresión de que pudiera ser objeto por parte de algún experimentador excesivamente irritable por los efectos del gas.

Horacio Wells, dentista de profesión, asistió a la conferencia acompañado de un amigo, que se prestó voluntariamente a inhalar este gas, que, según dijo el conferenciante, producía un especial estado eufórico. A las primeras inhalaciones comenzó a sentir una cierta excitación que poco a poco aumentó, hasta que saltó del escenario, dispuesto a pelearse con el primero que topase. Echó a correr por el pasillo, tropezando con un banco y cayendo al suelo, entre el regocijo de los espectadores. Por efecto de la caída volvió en sí y, entre confuso y avergonzado, fué a sentarse de nuevo al lado de su amigo. Seguía la conferencia, cuando el amigo de Wells observó que le sangraba la pierna, que, al reconocerla, vió presentaba una herida producida, sin duda, al tropezar con el banco, pero que al verla sintióse sumamente extrañado, ya que no había notado el menor dolor.

Horacio Wells, hombre sagaz, dotado de un fino espíritu de observación, intuyó inmediatamente el posible origen de

esta insensibilidad. Al día siguiente se hizo practicar una extracción bajo los efectos de las inhalaciones de óxido nitroso sin sentir el menor dolor. Siguió haciendo algunos ensayos, hasta que, convencido de haber hallado el medio de practicar intervenciones quirúrgicas sin producir la menor sensación física, marchó a Boston, donde ofreció dar una demostración práctica en el Hospital General del Estado de Massachusetts. Le fué concedido el permiso y llegó el día de la prueba, entre la incredulidad de unos y la envidia de otros; rodeado de un expectante silencio, realizó su intervención con tan mala fortuna que el paciente se despertó antes de haber concluído la extracción dentaria y demostrando el dolor que sentía con estrepidos gritos.

Wells consideróse fracasado y abandonó su profesión. Le faltó valor suficiente para soportar las burlas e ironías de la sociedad que le rodeaba y las chacotas de los compañeros envidiosos; no pudo sobreponerse y seguir investigando por ese camino, que en un principio se le había presentado de una manera tan fácil. Este fracaso suyo adquirió ante sus propios ojos proporciones desmedidas, y día a día iba formándose en él un morboso complejo anímico, mezcla de vergüenza, pudor, amor propio, quizá orgullo, desengaño; en fin, una tal amargura que le hizo insoportable la vida; llegó a odiarla. Horacio Wells, fruto tardío del romanticismo, se suicidó.

Así, tan tristemente, acaba este primer capítulo de la anestesia. Otro hombre más afortunado iba a seguir el camino que se había abierto en la conferencia de Harford. Este hombre era Guillermo Tomás Green Morton, nacido en Charlton (Massachusetts) en 1819. Estudió Odontología en el Colegio de Cirugía Dental de Baltimore, y según unos, era amigo de Horacio Wells, mientras otros aseguran que eran socios. Sea lo que fuere, el caso es que Morton ejercía su profesión en Boston y al mismo tiempo estudiaba Medicina en Harvard, donde conoció al Dr. Carlos Jackson, quien al enterarse de que Morton había abandonado el uso del óxido nitroso, debido a los temores que lógicamente despertó en él lo acaecido a Wells, le sugirió el uso del éter. El Dr. Jackson apoyaba esta indicación suya en lo que él había observado en ciertas fiestas estudiantiles llamadas "ether-jag-party", en las que algunos estu-

diantes revoltosos inhalaban pequeñas cantidades de vapores de éter para conseguir una rápida, suave y económica borrachera. El Dr. Jakson dijo que estos estudiantes, bajo los efectos del éter, parecían completamente insensibles a los golpes que recibían. Morton hizo el primer ensayo en su perro; luego lo probó en sí mismo, e inmediatamente, con un paciente llamado Eban Frost, obteniendo pleno éxito. En seguida Morton pidió permiso al doctor Warren, Cirujano Jefe del Hospital General de Masschusets, para realizar una prueba de insensibilización mediante el éter, permiso que le fué concedido, fijando la fecha del 16 de octubre de 1846 para llevar a cabo la prueba en una intervención quirúrgica que el propio doctor Warren realizaría en un pintor llamado Jorge Abbot. El día fijado para la prueba, el quirófano del Hospital General de Massachusets estaba lleno de un público compuesto de médicos y estudiantes de Medicina, que, saturados muchos de ellos de una malsana incredulidad, esperaban ver una segunda edición del fracaso de Wells. El doctor Warren, impaciente ante la inexplicable tardanza de Morton, tomó el escalpelo, dispuesto a comenzar la operación, cuando en aquel momento se abrió la puerta y apareció Morton, quien se excusó por su retraso, diciendo que había estado preparando el aparato que iba a utilizar para insensibilizar al paciente. Morton observó los rostros hostiles que le rodeaban y el gesto un tanto displicente con que el Dr. Warren señalaba al enfermo, mientras le decía: "*Señor, ahí tenéis a vuestro paciente.*"

Morton, imperturbable, comenzó sus manipulaciones, y unos minutos después, dirigiéndose al cirujano, decía: "*Señor, he aquí a vuestro paciente.*"

El Dr. Warren comenzó a operar ante el asombro de todos los presentes, que veían al paciente sumido en un sueño plácido, sin que exhalara la menor queja ni diese el menor signo de dolor. Poco después terminaba la operación, y el doctor Warren, volviéndose al auditorio, decía: "*Caballeros, esto no es una farsa.*"

En el mismo 1846 Morton obtuvo una patente para el empleo del éter con el nombre de "letheon". Dos meses después, el Dr. Jackson, en Inglaterra, se atribuía el descubrimiento y pedía para sí todo el honor y el premio Montyon de la Aca-

demia Francesa. La Academia repartió el premio entre los dos por partes iguales, pero Morton renunció a la suya en un gesto de noble indignación. Años después, en 1852, la Academia rectificó su decisión concediendo a Morton el premio íntegro y la gran medalla de oro.

A partir de aquel momento, en que por primera vez se realizó con éxito una pública demostración quirúrgica en un enfermo insensibilizado, el mundo entero acogió sin reservas este método, que el médico poeta Oliverio Wendell Holmes había bautizado con el nombre de "Anestesia"; pero Morton, animado de una incomprensible y vituperable ambición, pretendía para sí una especie de exclusiva universal y pasó el resto de sus días—murió en 1868—metido en pleitos oficiales y particulares para tratar de dar validez a la patente que había conseguido en 1846 sin que jamás fuese atendido. Esta actitud egoísta de Morton es censurable, pero es muy humana; bien podemos perdonársela atendiendo los muchos servicios que nos ha prestado.

Desde 1844 a 1846, se desarrolla un laborioso y triste proceso de gestación del cual salen los innumerables métodos anestésicos que hoy practicamos a diario, que no vamos a historiografiar, porque no es esta la ocasión, con absoluta seguridad, con una habilidad y una práctica que nos dan la certeza del éxito y a la humanidad doliente la seguridad de que permanecerá insensible en el transcurso de toda las operaciones que se le practiquen por difíciles y laboriosas que sean.

Horacio Wells, el pusilámne, que vivió los últimos tiempos del romanticismo, sufrió la enfermedad intelectual de la época; un hiperromanticismo que le llevó a formar una decisión propia de los pobres de espíritu. Tras él vino Morton con toda su ambición, espíritu fuerte y constante, que le llevó al éxito. Y es que, ciertamente, para triunfar en este mundo se precisa de un poquitín de osadía y es no menos necesario sacudirse la pobreza de espíritu. Lo mismo que les corresponde a los hombres les sucede también a las asociaciones u organizaciones humanas. Qué triste sería que, *a los odontólogos como entidad, a la Odontología*, la faltase ese poquitín de osadía y le sobrase pobreza de espíritu.